CHURRUCA Y SU ESTÁTUA.

Allá en las playas del Norte, en donde la tierra es eternamente verde, y confúndense las flores, al bajar serpeando en pendientes laderas de montañas altísimas, con las salobres aguas del Cantábrico, azotadas por frescas brisas, ricas de ozono y cargadas de húmedos vapores; allí, en donde la costa es más abrupta y donde las aguas baten con más furia; en donde los Pirineos, gigantescas olas de granito, parecen sacudirse todavía bajo el impulso colosal de la formacion primera, que agitó líquidos continentes ántes de que el Océano les permitiera subir á flote, desde su lecho de fuego; allí, en donde la negruzca línea de acantilados de la costa española se tuerce, se oculta, se pierde en intrincados puertos, ántes de abrazar francesas playas, para que un mismo cielo las cobije y una misma ola bese, ya dormida, sus inmensos arenales; allí es en donde, años há, pude conocer de cerca, por misteriosa revelacion, cómo entre la majestad de una soberbia cordillera y la belleza formidable de un mar sin límites, de un abismo sin fondo, parece que el alma del navegante dilátase en cuanto abarcan sus pupilas, y sumergiéndose en la inmensidad que la rodea, puede, con el vuelo del marinero pelícano, de audaz gaviota, mecerse sobre inflamada nube, ó caer en salto vertiginoso sobre esa espuma que corona de penachos fantásticos un torbellino de verdinegras rompientes, cantoras del último naufragio. Un Océano de piedra, que sube á los cielos; un Océano de plata, que pugna rabiosamente por inundar la tierra: estos son los Pirineos, este el Mar cantabrico. Esta es la lucha entre el titan de granito y el profundo mar, que carcome su base. Y esta es tambien, con su infinito horizonte, el alma del basco aventurero, fuerte en la guarida de sus rocas, en la galería de sus minas, en la peligrosa sirte de sus costas. No hay un

alma pequeña ante la sublimidad de aquel espectáculo; la ruin pasion, la roedora saña del malvado, la insana ira, la rastrera envidia, no caben allí: que solo entre las aguas muertas prosperan dañinos miasmas, y solo en desiertos sin oásis, en un país de desolacion, vive y escarba la miserable hiena. El Pirineo es del basco, y el basco es del cántabro mar, como las águilas son de las cumbres y el héroe sólo alienta en el peligro. No hay, no, reptiles en los picos del Himalaya, ni alumbra el sol de la tarde en las playas basconas otras empresas que las del ballenero y descubridor de lejanos mundos. Elcano no pudo nacer más que allí, entre el fragor de la tormenta y bajo las nevadas cimas de que el alud se desprende. Oquendo, Legazpi, no podrian haber nacido más que allí; para sufrir el vértigo de las montañas y el horror de las profundidades insondables. Y Churruca vió la luz allí, en la combatida playa de Motrico, porque sólo entre la música de la borrasca y el tristísimo vivir del pescador oscuro habia de forjarse alma de tan soberano temple.

Yo he visitado á Motrico, y leido autógrafos escritos por aquella nerviosa diestra, que así descifraba la arcana ciencia del matemático en algebráicos signos, y empuñaba el sextante cual valerosa espada, ó pintaba con la pluma esas zozobras y desfallecimientos del errante náufrago, cuando, perdido su débil bote entre ignotas aguas del Pacífico, no bastara el escorbuto á extingir la actividad del descubridor de acero, del escritor ingenuo, del universal geógrafo. Y he visto, no sé si en sueños ó despierto, cómo el denodado basco, en aquella noche terrible, que debió ser la última de sus locuras de esplorador, ante el bramido del mar y la imponente batalla de los elementos en el pérfido Estrecho de Magallanes, sabe invocar la divina musa de Horacio, cantando la cólera de Júpiter en clásico verso latino, al par que el temporal arrecia y es de cada vez más imposible la huida en frágiles lanchas, mal defendidas en insegura cala. Y veo tambien á Churruca en la siempre funesta Tierra del Fuego, alumbrada por los rojizos resplandores del sol austral, reconociendo temerariamente peligrosas hondonadas, porque otras vidas se salven y otros marinos abandonen aquellos lugares malditos; y cómo vuelve el extenuado navegante á las tropicales regiones, para escudriñar la emersion de brillantes satélites y absorberse en la inmensidad del espacio astronómico, vago é indefinido, cual sus alientos de perdurable fama.... Pero ni cuando manda virilmente el navío *Conquistador,* cuya quilla puede llegar á verse en la

orzada, bajo el huracan deshecho, salvándose el bajel por habilísima maniobra, ni cuando, sábio inmortal, abate nuestro marino el orgullo del calculista extranjero en la rada de Brest, desentrañando el secreto de vedada fórmula, se revela Churruca grande, magnífico, ébrio de gloria, como en los instantes de su trágica muerte.

Recordémosla. Corria un hilito de fatalidad sobre aquella España de la corrupcion cortesana, de la privanza escandalosa, gérmen de palaciega intriga y de una política de perdicion. La escuadra española unióse, en hora infausta, á la escuadra de Villeneuve; *Trafalgar* fué su sangriento himeneo; Trafalgar el castigo de la imprevision que Churruca lamentara. Él habia visto claro en el cabo Sicié, como en el combate de Finisterre, la sospechosa amistad de la escuadra aliada. Y lanzado ciegamente, por virtud de tales combinaciones, á una empresa suicida, seguro ya de próxima desdicha, reune en el alcánzar del San Juan Nepomuceno aquellos valientes marineros; la tripulacion ora y acaricia el hacha, reza machete en mano; Churruca les habla, los exalta, y la religion los bendice á todos: es que se acerca la hora de la catástrofe. La alba luz naciente pudo ver, horas despues, la desesperacion del comandante del *San Juan* ante la ineptitud de los jefes franceses; Churruca cree que la escuadra combinada debe esperar al enemigo, y, por el contrario, ordena el almirante extranjero formar en línea de combate; el viento escasea; cada navío busca un lugar imposible; inviértese el órden, sobreviene la confusion; caen algunos navíos á sotavento, sin poder siquiera ocupar sus puestos. En tanto, la escuadra inglesa, aparentemente en confusion, avanza en combinacion de grupos, derecha á cortar el centro y retaguardia de la escuadra franco-española; Churruca lo sabe, lo saben todos, todos, menos el funesto Villeneuve; y despues de quebrantada la linea por el enemigo, ¡ah! el *San Juan Nepomuceno,* sólo contra seis navíos, bátese desesperadamente, hasta que el ilustre general Gravina manda cesar el fuego; pero ántes una bala de cañon derribó á Churruca, impávido bajo la granizada de metralla, y *¡siga el fuego!* fué su grito supremo, su postrer desafío á la traidora suerte. Despues de esto... la ruina, las aguas enrojecidas por sangre de los mártires, y Churruca inanimado, cadáver, recibiendo á bordo de aquel mismo *San Juan* el homenaje de admiracion que los enemigos ingleses apresuráronse á tributarle, absortos ante el ejemplo de su sobrenatural heroismo. Y, mientras tanto, allá lejos, muy léjos en la llanura castellana, en la córte

española, un inepto favorito, concertando planes que habian de ejecutar como dóciles instrumentos esos hombres que, como Churruca, pagaron con su preciosa vida la estolidez de venales gobernantes.

¡Oh pátria, pátria de Cortes y de Churruca! ¡Cuántas veces, al pasar nuestra actual y raquítica escuadra frente á ese peñon fatídico que, por los siglos de los siglos, tendrémos clavado en medio del corazon, han desviado los buques su rumbo hácia la orilla africana, por no ver de cerca el lugar donde el *San Juan Nepomuceno* anclara! ¡Qué bien se comprende un Trafalgar, mientras un Gibraltar exista! Allí es en donde la tumba flotante de Churruca, ostentando su nombre con letras de oro, enseñábase con veneracion religiosa por el oficial británico. Por allí he pasado y vuelto á pasar yo, caliente el rostro de vergüenza, cuando, al hollar la cubierta de nuestra victoriosa Numancia, parecíame que el barco del Callao crujia de indignacion á la vista de insultante fortaleza. Al pié de aquellas rocas, desnudas cual las vertientes del vecino Atlas, álzase negra, escueta, amenazante con sus bocas de fuego, la batería de Albion; y, sin embargo, allí brilla el cielo español, y son azules todavía las ondas que mueren en la orilla, y no se alzan contra la perfidia las piedras del abrasado suelo, ni lleva el aire gérmenes de venganza! ¡Cuán hondo mar es el mar del Estrecho, y cuán hondo pensamiento el del español que sin cesar lo cruza! La primera vez que surqué el estrecho, la Numancia encendió su poderoso foco de luz eléctrica; nuestro faro iluminaba el coloso britano, la costa de Africa, las aguas de Trafalgar; y aquella sombra formidable parecia vivir, mofarse, erguirse altanera y despreciativa, mirando nuestro irrisorio poder naval; y era imposible, al contemplar tan fantástica decoracion sobre el alto puente, no oir misteriosa voz que parecia decirnos al oído, mientras la hélice ensordecia en rápida marcha: «*¡Aquí fué!*» La estela que dejais atrás fué el sepulcro de vuestros hermanos. Aquí murió Churruca, y con él la prosperidad de la pátria. ¡Cuidad de que otro Trafalgar, pues ya no dará fin de la marina que no existe, no rompa en jirones el suelo de la pátria, vuestro único refugio!...» Y al siguiente dia parecíame haber sufrido angustiosa pesadilla....

¿Era esto un sueño? ¿Será palpable realidad lo que vieron mis asombrados ojos? Sigue Gibraltar y sigue nuestra apatía, y no hemos extirpado de raíz tradicional incuria. Churruca no tuvo por recuerdo honrosísimo más perpetuidad material que el nombre de una calle, hoy

otorgado á cualquier héroe de distrito. Churruca figuraba en conmemorativa lápida; pero Churruca no tenia una estátua. Habia, sí, un retrato, en preeminente lugar colocado, en el museo de nuestras glorias navales: y aquel perfil de clásico esbozo, aquella dulce fisonomía de espiritual adolescente, reflejando en su delgadez enfermiza la abrasadora fiebre de un estudio jamás saciado, carecia de bronces que lo inmortalizáran. Pasaron en lento giro los años, é iba casi á espirar un siglo sin celebrarse cívica apoteosis: y un modesto académico de la Historia, antiguo amigo queridísimo, atacado de la singular enfermedad de la justicia, importunó un dia y otro dia, clamando por la anhelada estátua. España no le escuchó. Solo en el rincon humilde de Guipúzcoa hallaron tardío eco sus apóstrofes: Soraluce, que éste era mi buen amigo, derramó á manos llenas su dinero en holocausto al héroe. No cesaba un punto de escribir. Todavía recuerdo la tarde en que, tras larguísimo paseo á orillas del Cantábrico, referiame sus empresas de reparacion histórica, en las que coincidia con el justísimo Vidart; y así el historiador, con tenacidad sólo comprensible en su naturaleza de diamante, en su carácter de hierro, logró alzar en Motrico el pedestal que, años más tarde, habia de sustentar artística imágen. Y ahora, pocos dias há, resonaron en Motrico alegres exclamaciones, y descubrióse al fin la estátua del adalid basco, entre el jubiloso entusiasmo de un pueblo noble, que sabe honrarse en sus hijos y adornar de oro sus inmarcesibles lauros. Churruca no ha muerto: Soraluce le hizo revivir á la misma orilla del mar, teatro de sus proezas. El historiador fuése al sepulcro sin gozar de su triunfo. Y por eso hoy, temblorosa la mano, la plegária en los lábios, escribo lleno de intima emocion, estas líneas, tanto á la gloria del olvidado héroe, como á los manes de su cantor, mi llorado y eterno compañero.

F. GARCÍA DIAZ